

# Visiones mexicanas de Praga

Miguel Ángel Flores

*Una pequeña galería de escritores, periodistas y políticos mexicanos, de Vicente Lombardo Toledano a Sergio Pitol, se ven reunidos por el poeta Miguel Ángel Flores en este recorrido por las calles y edificios de la vieja capital del reino de Bohemia, Praga, que ha sido también registrada en sus páginas por autores europeos como Chateaubriand, Loti o Camus.*

François René de Chateaubriand (1768-1848) visitó dos veces Praga en el año de 1833 para reunirse con el rey Carlos X, quien se hallaba exiliado en el castillo de Hradcany, el famoso castillo de Praga que inspiró a Franz Kafka. Para el autor francés la ciudad fue la fascinación total. Un tono misterioso y extraño rezumaba la atmósfera de la ciudad.

François René fue a Praga y escribió en sus *Memoirs de ultratumba*:

Subí por calles silenciosas, sombrías, sin reverberaciones, hasta el pie de la alta colina que corona el inmenso castillo de los reyes de Bohemia. El edificio recortaba su negra masa sobre el cielo; ninguna luz salía de sus ventanas: había allí algo de soledad, del lugar y la grandeza del Vaticano, o del Templo de Jerusalén visto desde el valle de Josafat. No se escuchaba sino el eco de mis pasos y de los de mi guía; estaba obligado a detenerme por intervalos sobre las plataformas del empedrado escalonado, tan inclinada era la pendiente. A medida que yo subía, descubría la ciudad allá abajo. Los encadenamientos de la historia, la suerte de los hombres, la destruc-

ción de los imperios, los designios de la Providencia se presentaban ante mi memoria identificándose con los recuerdos de mi propio destino.

Su estancia sucedió en el siglo XIX. Praga era la capital del Reino de Bohemia, que entonces se hallaba subordinado al Imperio Austrohúngaro. La ciudad empezaba a acentuar los rasgos urbanísticos y arquitectónicos que ahora la caracterizan.

Rainer Maria Rilke (1875-1926), nacido en Praga, pero típico representante de la élite intelectual de la época, es decir, de aquellos autores que escribían en lengua alemana y estaban vinculados al mundo cultural del imperio, como lo fue Franz Kafka, escritores que en sentido estricto no pueden ser considerados checos, dijo de su ciudad en sus dos cuentos praguenses:

Las primeras tardes de primavera, el aire tiene una fresca humedad que se posa suavemente sobre todos los colores y acentúa su luminosidad y hace que se parezcan más unos a otros. Las amplias casas del muelle han adquirido el pálido tinte del cielo, y sólo las ventanas vibran de vez en

cuando con una luminosidad cálida y reconciliadas, se apagan con el crepúsculo, mientras el sol no las incomoda ya. Solitaria, la torre de San Vito permanece aún de pie en su antigua y eterna grisura.

La torre es verdaderamente una señal, —dijo Bohusch al estudiante silencioso—, ella sobrevive a todos los crepúsculos y permanece siempre igual a sí misma. Me refiero a su color, ¿no? —Resek no había prestado atención. Él miraba hacia el puente de la Malá Strana donde se encendían precisamente las luces.

Bohusch continuó: —Conozco a mi madrecita Praga hasta lo profundo de su corazón. Hasta su corazón —repetió, como si alguien hubiera puesto en duda su afirmación, porque allí estaba su corazón, en ese lugar, con el Hradcany—. En el corazón se encuentra siempre lo más secreto y, mira, hay tantas cosas secretas allí, en esas viejas casas.

Rilke fue contemporáneo de Kafka. Nació y pasó su adolescencia en Praga, pero después se fue a vivir a la metrópoli del imperio; sin embargo, en sus obras de juventud quedó la impronta de su ciudad natal, en las que sobresale su atmósfera extraña y fascinante, muy semejante a la de los relatos de Kafka. “Praga”, escribió Rilke, “esa ciudad llena de callejuelas sombrías y de patios misteriosos, es el escenario”. Se refería el escritor a sus *Dos relatos praguenses*.

Albert Camus (1913-1960) estuvo en Praga, en otro momento histórico, cuando el gallo proletario se aposentaba en las torres de la ciudad y hacía escuchar su canto cacofónico, plagado de represión y mentiras. Hasta

esa ciudad llevó su angustiosa existencia el autor de *L'envers et l'endroit*, donde pasó algunos días viviendo “la muerte en el alma”:

Por lo demás, escribió, la angustia ganaba terreno. Se agudizaba en mi cerebro. Decidí organizar mis días, expandir mis puntos de apoyo. Me quedaba en la cama lo más tarde posible y mis días se hacían breves. Me aseaba y exploraba metódicamente la ciudad. Me perdía en las suntuosas iglesias barrocas, intentando encontrar una patria, pero salía de ellas más vacío y más desesperado de ese encuentro decepcionante conmigo mismo.

Vagaba a lo largo del río Vltava cuya corriente interrumpían diques que producían remolinos. Pasaba horas inmensas en el enorme barrio de Hradcany, desierto y silencioso. A la sombra de su catedral y sus palacios, a la hora en que el sol se ponía, mis pasos solitarios resonaban en las calles.

Praga, la madrecita que tenía garras y de la que nunca pudo huir Kafka, pero la muerte lo sorprendió lejos de ella. Praga, la ciudad de uno de los dramáticos acontecimientos históricos del siglo XX, la ciudad que fue sede de la más trascendente revolución en la lingüística, y que vivió todas las vanguardias del siglo pasado. Y donde prendió con más fuerza el surrealismo, con aportaciones propias. Praga, la ciudad que han cantado sus poetas de lengua checa. Ha sido el amor de sus autores que escribieron en esta lengua. Por ella compusieron cantos y elogios. Nezval dejó encendidos versos, surgidos de una inspiración a veces delirante:



Ciudad de Praga



Soviética gozaba del prestigio de haber contribuido decisivamente a la derrota del fascismo. Los intelectuales mexicanos, en el ámbito de la política, se inclinaban a la izquierda. Y estaban convencidos de que el paraíso en la Tierra era posible. Les disgustaba la arrogancia y simplonería de la propaganda capitalista. Y Estados Unidos cargaba con el pecado de la usurpación. 1848 no se olvidaba, o no se olvida. Lombardo Toledano desde muy joven se alineó, como filósofo, con el materialismo dialéctico y fue famosa su polémica con Antonio Caso, el filósofo del idealismo. Así, no es de extrañar que cuando Vicente Lombardo Toledano fue expulsado de la Confederación de Trabajadores de México, mejor conocida como la CTM, pilar fundamental del Partido Revolucionario Institucional, se haya dedicado a la actividad sindical desde posiciones de izquierda. Tuvo mucha actividad en las organizaciones internacionales de sindicatos. Dicha actividad fue el principal motivo de sus viajes y tales organizaciones le financiaban sus desplazamientos por el mundo. En su viaje a lo que entonces se llamaba la Nueva China, siguió la ruta de Praga. Ciudad que visitó en varias ocasiones. En su diario escribió: “Checoslovaquia es el único país del mundo occidental, altamente industrializado, que marcha hacia el socialismo por caminos propios, dentro de los marcos del gran movimiento histórico que está liquidando al régimen capitalista”. Estas frases resumen su simpatía por el régimen que entonces encabezaba Klement Gottwald. Y luego elogia a Stalin sin medida. Hay alabanzas para el nuevo régimen y sus políticos, y la estampa de un grupo de soldados que pasa cerca de él cantando es la encarnación de un nuevo orden social. De la ciudad de Praga casi no habla. En su breve estancia da un paseo por las afueras de la ciudad. Es otoño y se refiere al frío y la lluvia. De la ciudad hace alguna mención marginal. ¿Tenía sensibilidad para los asuntos artísticos Lombardo? Sus escritos parecen indicar que ninguna.

Cabe mencionar que Lombardo es de los primeros mexicanos que viajaron a China poco después del triunfo de las fuerzas de Mao Tse Tung.

El periodista Luis Suárez poseía la curiosidad de los hombres de su oficio. Había nacido en España y la Guerra Civil lo llevó a vivir el exilio en México, donde destacó por su infatigable actividad como reportero, sobre todo de la revista *Siempre!* Nunca dejó de estar alineado con la política internacional de la Unión Soviética y pertenecía a la Unión Internacional de Periodistas, una organización que los rusos habían patrocinado con el fin de contrarrestar la visión norteamericana sobre el mundo. Cuando las tropas del Pacto de Varsovia, obedeciendo órdenes de Moscú, invadieron Checoslovaquia para terminar con el experimento del socialismo con rostro humano, movimiento que se conoció como La Primavera de Praga, justificó la acción de los rusos y transmitió la

voz “oficial” de los checoslovacos. Visitó Praga por primera vez siendo aún muy joven, empezaba su carrera de reportero y aprovechaba un festival de la juventud, suceso que también promovían los rusos en su juego de propaganda, para conocer los países que en la posguerra habían quedado bajo la órbita del imperio soviético. Llega a Praga de paso hacia Bucarest, sede del festival. Escribe una crónica en la que da una imagen de los adelantos económicos del país, sus avances en la industrialización y los beneficios sociales de los que gozaba la población. Observa una ciudad apacible, tranquila, donde la gente baja y sube de los tranvías y camiones, y va al cine y ameniza su vida en los restaurantes. Son todavía los inicios de los años cincuenta. Suárez pasea por la ciudad y describe el barrio de Kampa con su canal y el puente de Carlos con sus estatuas barrocas:

Seguían viéndose pasear las parejas, atravesando el puente de Carlos IV, mientras el sol caía dando un corte de agosto perfil a la catedral y al castillo, elevado como secular centinela de la ciudad. A contraluz, los grupos escultóricos, imágenes y santos alzaban su bella forma en la piedra y en el bronce, cual personajes reales de una vida que no se lleva sino que trae el incesante pasar de las aguas.

Con Luis Suárez se empieza a fijar las vistas de Praga que serán motivo de comentario de otros escritores. Quizá si Suárez se hubiera concretado a darnos una descripción de la singularidad de la ciudad, su texto tendría más valor como testimonio de una visita a una ciudad que no ha dejado indiferente a ningún viajero, pero era difícil que Suárez se concretara en los aspectos estéticos; él sentía la urgencia de dar una impresión positiva de la nueva vida que estaba viviendo la Checoslovaquia que había sido liberada por el ejército soviético y en la cual los comunistas habían llegado al poder con un gran apoyo popular. Praga era la capital de una nueva tierra de promisión y por ello la vida tenía que ser amable allí. Luis Suárez se consideraba un intelectual *engagé*, como se conocía entonces a aquellos autores que se sometían a una servidumbre en nombre de un futuro pleno de felicidad, y el camino hacia esa felicidad pasaba por el socialismo que ya se había instaurado en Praga.

Semejante fue la actitud de Antonio Rodríguez. Aunque su caso es más complejo. Bajo este nombre actuó y escribió el activista político portugués, Francisco de Paula Oliveira. Éste se contaba entre los fundadores del Partido Comunista Portugués. Ese hecho sucedió en los años de la férrea dictadura política que encabezaba Antonio Oliveira Salazar. La persecución a los disidentes políticos fue infatigable; los castigos, crueles. Auto-didacta, hijo de una familia humilde, Francisco de Paula se formó una sólida cultura mediante una inquebran-



Catedral de San Vito, Praga

table disciplina que lo llevó a dominar varios idiomas y a poseer vastos conocimientos en el campo de la cultura, de la teoría política, las artes plásticas y la literatura. Fue aprehendido por el régimen salazarista y puesto en prisión, de donde escapó para refugiarse en Moscú. Sus compañeros de lucha dudaron de su habilidad para lograr tal evasión. Cayó sobre él la sospecha de colaboracionista. Salió de la URSS sin lograr alcanzar suelo portugués. La derrota de la España republicana y la persecución de que fue objeto por parte de la Gestapo lo obligaron a tomar el camino del exilio. Se instaló en México, adoptó la nacionalidad mexicana y cambió su nombre por el de un combatiente español republicano. En México llegó a destacar como analista político y crítico de arte. Llegó a ser una de las máximas autoridades sobre el muralismo mexicano. Y fue constante su presencia en las páginas culturales de la prensa mexicana donde daba a conocer sus opiniones sobre los pintores mexicanos. En 1957 se encuentra en Praga. No está del todo claro por qué residió un año en la capital de la antigua Checoslovaquia. A él debemos uno de los testimonios más amplios sobre la visita de un mexicano a esa ciudad. Fue un gran promotor de su belleza y del arte y la cultura checa. Divulgó en México la obra de Jiri Trnka. Su visión de Praga se vio enriquecida por su gran cultura y sensibilidad artística. *Declaración de amor a Praga* quiso ser para el autor el documento en que quedaría registrada su ferviente admiración por el pueblo checo. Hace un corte transversal sobre la cultura checa, que tiene como eje a la ciudad de Praga. Describe la belleza de sus monumentos,

la singularidad de su traza urbana, destaca el carácter íntimo de la ciudad y la vida apacible. Para Rodríguez el gran protagonista de la ciudad es el río Vltava, que los alemanes bautizaron como Moldova. El río en su curso, en sus remansos y sus islas, con sus puentes y colinas, fue modelando la ciudad. Sus callejuelas retorcidas, sus patios interiores y públicos a la vez, a los que se ingresa por los portones de los edificios y se está en ellos sin que el paseante se sienta extraño al entorno que lo rodea, como sucede en el barrio de la Malá Strana, fue uno de los rasgos de la ciudad de Jan Neruda que más lo emocionó; rasgos como éste de la ciudad hacen de la estancia en ella una experiencia única. Rodríguez elogia la cultura de los checos y se resiste a aceptar que el soldado Svejek represente el carácter de todo un pueblo. Sus conocimientos del idioma ruso le ayudaron seguramente a involucrarse profundamente en la cultura checa. Apunta que desconoce su lengua y habla con entusiasmo del museo de literatura y de los libros del Monasterio de Strahov. Menciona a los autores checos que son para sus lectores héroes nacionales como Nemenkova, la autora del famoso libro, *Abuelita*. Escribe con simpatía del cuidado y el amor que se otorga a los niños expresados sobre todo en sus carritos. Destaca en su declaración el vínculo tan estrecho de los checos con la música. Cuando describe su impresión al escuchar el órgano de la iglesia de San Jacobo, su registro viajero culto alcanza las más altas notas. Todas sus palabras están impregnadas con el humanismo que ha sabido construir la cultura checa. Y cierra su crónica con tonos de

melancolía, de saudade, inevitablemente brota en él su sensibilidad de portugués. Ha llegado la hora de partir, es otoño, empieza a soplar el viento frío que llega del norte; los árboles se han teñido de ocre, y él elige la isla de Kampa para su despedida. En su interior resuenan las notas de la pieza musical de Smetana (*Ma Vlast*), que cantó a su patria. Y dice que se despedía quizá para siempre de Praga. Y sí, se despidió para siempre. Los hechos históricos contribuyeron a su ausencia. Primero rompió con los comunistas por los crímenes de Stalin. Luego vio con simpatía los años de La Primavera de Praga y condenó con energía la invasión soviética. Vinieron los años de la “normalización”, y la caída del muro de Berlín. Pero la biología había hecho estragos en su salud. Prefirió regresar a su solar nativo, cuando soplaron allí los vientos de la democracia.

Efraín Huerta nació en México, en Silao, Guanajuato, en 1914. En su juventud participó en la revista *Taller*, junto con Octavio Paz, e inició su militancia política en las filas del Partido Comunista Mexicano. Se mantuvo fiel a su ideología y eso le motivó algunos defectos. Lo que es incontrovertible es la gran calidad de su escritura poética. Está considerado como uno de los grandes poetas del siglo XX mexicano. Hizo de la práctica del periodismo su *modus vivendi* y colaboró con frecuencia en las páginas de cine y espectáculos de la prensa mexicana. Su visita a Praga obedeció a su participación en el festival cinematográfico que se celebra anualmente en la ciudad checa de Karlovy Vary. De su paso por la ciudad de las más de cien torres dejó como testimonio un poema: “Praga, mi novia”. Rodríguez le declaró su amor; Huerta la hizo su novia en la persona de una joven rubia de nombre Lily. El poema trasciende su circunstancia: en una primera lectura es la relación de los sitios históricos importantes de la ciudad y su relación con una bella muchacha que le sirve de cicerone y se declara católica. Este hecho parece establecer la tensión que recorre el poema sobre una superficie amable de conversaciones y admiraciones. A lo largo del poema la ciudad poco a poco va dibujando las líneas de su rostro mediante la adopción de un tono coloquial. Lily espera al poeta en el Puente de Carlos, el viejo y más antiguo puente de la ciudad, adornado con las esculturas barrocas de los santos, entre ellos la de San Juan Nepomuceno, el santo que recibió la muerte por agua al negarse a revelar secretos de confesión. Lily es creyente. El santo es de piedra: mudo y ahogado.

Lily me espera a las 11 en el puente del rey Carlos, al pie de San Juan Nepomuceno, santo de piedra, santo de agua, mudo, ahogado.  
Lily cree en Dios y yo corro hacia ella y hacia el río...

Y la ciudad parece habitada por el espíritu de Neruda, de quien Lily le entrega un retrato; no el del poeta chileno sino de Jan, el gran autor checo del que el autor de los *Veinte poemas de amor* tomó el seudónimo. Y Huerta le habla del mar porque el país es geográficamente mediterráneo. Y Lily tratará de disuadirlo de su admiración por Viena y el Danubio. Allí a sus pies tienen

un río de bronce y plata nos mira  
y es un río que se llama Voltava.

En el poema Huerta menciona que los compañeros han partido y a él sólo le queda Lily, toda ella en su hermosura y su forma tierna de negarse a que le expresen amor, parece contener toda la belleza de Praga, y sólo un gran poeta como Huerta podría entregarnos una visión de Praga y su historia y drama como lo hizo él con encendidos versos:

y al otro día Lily (sólo me queda ella)  
esperará el filo de oro de la tarde  
para llevarme hasta la puerta del Cementerio Judío  
y dejarme de la mano de Dios  
para que yo solo con mi alma pise aquellas flores de  
[pavor  
y me quiebre los ojos sobre las lápidas labradas  
llenas de siglos  
y a media voz recuerde el poema de Nezval.  
Porque ahí sólo pisamos la ceniza.

José Natividad Rosales perteneció también al grupo de periodistas que dieron prestigio y renombre a la revista *Siempre!* Se distinguió por su audacia como reportero y disposición para aceptar los riesgos que implicaban los viajes a zonas de conflicto o poco frecuentadas por los viajeros comunes. Estuvo en China y en Mongolia; en Medio Oriente y recorrió toda Europa. Pertenecía a la estirpe de viajeros como Pierre Loti, que se adentra en el enigma y el misterio, que busca comprender sin calificar y que se siente atraído por las leyendas que recubren, como una pátina, las piedras y la realidad de un lugar. Se le reprochó su superficialidad y descuidos en la prosa, pero la suya era la prosa escrita con las urgencias del reportero. De Praga nos deja una estampa atractiva. La observó con los ojos del pintor, pues él tenía como afición bien cultivada el ejercicio de la pintura; dominaba la técnica y conocía los mecanismos de un oficio. Su descripción de Praga vista en el invierno se apega a los procedimientos para estampar una visión mediante el trazo y el color. De Praga, como otros viajeros, le llama la atención que haya sido construida sobre colinas entre las que discurre el Vltava, y que haya adquirido un encanto de cuento de hadas. En el rigor del invierno presencia cómo hay pintores que

se arriesgan a la intemperie para registrar los tonos de la estación gélida:

León Roberto García se fue de mi casa cuando, al comparar su *Praga de Otoño* con la mía, de invierno, empecé a fantasear diciendo que la había encontrado pintada en sucesivas placas de mica, unas blancas sobre las que un artista chino esfumó las lejanías, perfilando los árboles, los puentes y las aguadas flechas de la catedral de San Vito. Sobre ellas empalmó otras ligeramente verdosas en las que hizo llorar ramas de sauces. Las últimas eran azules, para las aguas del río que en invierno, como si fueran llanto de oso, se quedan quietas esperando a los diseñadores invernales que también los hay. Sí. Porque, a la orilla del río, no faltan enamorados de la línea que, soportando cinco grados bajo cero, quieren copiar la fugitiva fuga de las perspectivas que suben, bajan y se asoman, luego, por los ojos del puente Carolino.

Y en lugar de seguir destacando la belleza urbanística de Praga, hacer apología de sus edificios y monumentos, prefiero recordar las leyendas que a veces nos dan la impresión de que la ciudad está recubierta por una gasa de inmaterialidad, que está hecha con los elementos de los sueños. Rosales recuerda las peripecias de un aristócrata sueco al servicio de los Habsburgo y que participó en la batalla de la Montaña Blanca, hecho de armas que decidió la suerte del pueblo y la cultura checa por casi tres siglos. Quienes seguían las enseñanzas y el liderazgo de Jan Hus luchaban por imponer en sus tierras la doctrina de la austeridad predicada en el Evangelio. En un edificio que llamaban La Estrella, en el lugar ya citado, los moravos resistieron con heroísmo el asalto de las bien equipadas tropas de suecos y soldados españoles e italianos. Se enfrentaban al poderío del imperio. “Finis Bohemiae, finis ei publicae” era el pendón de su lucha. A los militares aristócratas les pareció estúpida esa resistencia hasta el aniquilamiento inexorable. Ese hecho sucedió en 1620. Para Natividad Rosales lo rescatable de esta leyenda, que define al pueblo checo, fue el motivo de su resistencia que infundió miedo al militar sueco: “Ellos luchaban por lo que Juan Huss, el reformista, les había infundido. Y no cabe duda alguna de que tenían razón”.

Y si de leyendas se trata, no podía omitirse la más famosa en relación a la presencia del judaísmo en esa ciudad. Un hálito de esoterismo recubre cuanto se refiere a la comunidad que tiene a la estrella de David como insignia. Y la leyenda del Golem parece la más apropiada para aludir a las creencias del vulgo sobre los rabinos. Aunque Natividad Rosales no lo dice, y casi nadie lo menciona, todo parece indicar que esa leyenda se originó en los guetos de Varsovia y los países bálticos. Los checos son bastante racionales y agnósticos

como para inventar leyendas. Nadie puede partir de Praga, después de visitar el antiguo cementerio judío, sin que le hayan hablado del Golem. Se le atribuye al rabino Yehuda Low. Amigo de Tico Brahe, destacado astrónomo de la época, fue uno de los hombres más sabios de la comunidad judía, y el emperador Rodolfo II le dispensaba el honor de recibirlo. Este emperador garantizó los fueros de dicha comunidad en la ciudad de Praga. El rabino Low mereció el honor de poseer el sepulcro más ostentoso en el Cementerio Judío; destaca por su tamaño y la laboriosidad con que se labraron las piedras que lo forman.

Del rabino se cuentan muchas historias, a cual más peregrina, pero entre todas ellas se destaca la leyenda de la creación del Golem, un hombre artificial que, después de animado, puso a su servicio. El Golem fue hecho de arcilla, y el rabino le infundió vida introduciéndole en la boca una tablilla con una mágica inscripción hebrea, lo que los judíos llaman “shem”. Se trataba de un autó-mata, la versión *avant la lettre* del robot, que no exigía alimento ni descanso. Un olvido del rabino hizo que el Golem sembrara el pánico en el barrio judío, destruía cuanto encontraba a su paso. Buscaron a su creador, quien oraba en la sinagoga y bastó que éste le retirara la tablilla para que su creación recobrar su condición inerte e inofensiva. A partir de ese accidente e incidente, el rabino no volvió a colocar la tablilla en la boca del Golem. Éste quedó arrumbado como un objeto viejo e inservible en un rincón de la sinagoga hasta convertirse en polvo y en leyenda que ha alimentado la imaginación de no pocos escritores.

Pero la Praga derrotada por los católicos, que obedecían al liderazgo espiritual de Roma, de donde se quiso borrar todo signo de la herejía husista (en estricto sentido histórico Jan Hus fue el antecedente de Lutero), recibió el castigo de la “recatización”, que consistió en llenar la ciudad de iglesias y monumentos barrocos. El barroco de Bohemia, con edificios tan insignes como la iglesia de San Nicolás en la Malá Strana o las estatuas que adornan el Puente de Carlos, adquirió un sello propio en esta ciudad. Si de barroco se trata no puede dejar de estar presente la iglesia de la Loreta, en esa parte de la ciudad vecina del Castillo conocida como Nuevo Mundo, en donde se dice que Dvorak compuso su famosa sinfonía. A la famosa Loreta, copia de la Santa Casa de Roma, la habita una leyenda, con la que cierra su capítulo de Praga Natividad Rosales.

Las campanas de su carrillón originaron la leyenda popular. Cerca del templo vivía una pobre viuda que tenía tantos hijos como campanas tenía la torre. Durante los días de la gran plaga que casi exterminó a la población nativa, la muerte llamó a la puerta de la pobre viuda y se llevó a su hijo mayor. Toda la fortuna de la viuda consistía en un puñado de monedas de plata;



Teatro Nacional de Praga

tenía una por cada hijo, fruto de sus bautizos. Uno tras otro fueron muriendo los hijos, y tras cada fallecimiento tocaban a muerto las campanas por petición de la viuda que entregaba en compensación una moneda. Las muertes agotaron las monedas. Cuando se extinguió la vida de su último descendiente ella también cayó enferma pero nadie acudió a pagar las monedas para que las campanas anunciaran su muerte. “Entonces —escribe Natividad Rosales— las campanas empezaron a tocar, por su propio impulso y por primera vez dejaron oír el armonioso y conmovedor himno que, hasta hoy en día, llena con su dulce música las calles y los palacios que se encuentran en lo alto de Hradcany”.

Jorge Arturo Ojeda forma parte de la generación de escritores que empezaron a publicar en la segunda mitad de la década de los años sesenta. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y cultivó una estrecha amistad con Juan José Arreola, de quien admiró su artesanía oral y escrita. Él mismo se abocó a desarrollar una prosa tan artística y perfecta como la de Juan José Arreola, de quien en muchos aspectos fue su discípulo. Participó en el taller literario de este escritor donde se formaron escritores que con los años han pasado a formar parte del canon de la literatura mexicana. Dirigió la revista del taller literario de Juan José Arreola, *Mester*, y ha impartido talleres de escritura exigiendo a quienes participan en ellos rigor y disciplina para manejar la prosa, rasgos que a él lo caracterizan como autor. Ha escrito novelas, cuentos y ensayos. Es un magnífico traductor del francés, inglés y alemán. Pero quizá su contribución más des-

tacada a las letras mexicanas está contenida en sus crónicas de viajes, género en el que ha plasmado su amplia cultura y su aguda sensibilidad ante el fenómeno estético, llámese pintura, literatura o música. Se cuenta, entre los escritores mexicanos, como uno de los que mejor domina la lengua alemana. A principio de los años setenta viajó becado a Alemania para continuar sus estudios de la lengua de este país. No fue afortunada su incursión en el mundo académico alemán. De ello da cuenta en su libro de crónicas, *Cartas alemanas*, que aparecieron en su momento en una revista mexicana. Más que estudiar prefirió viajar. Y empezó a establecer los modelos de sus crónicas. En la vecina Alemania tomó el camino a Praga. Cuando visita la ciudad, el entonces país checoslovaco todavía no se reponía del *shock* que le produjo la invasión de los países del Pacto de Varsovia, liderados por Rusia, que buscó dar un escarmiento a los disidentes de la doctrina soviética sobre la seguridad del espacio dominado por los rusos. Jorge Arturo Ojeda no es indiferente a las circunstancias políticas del momento. Cuando se traslada a Alemania ya había abandonado sus estudios de relaciones internacionales en el Colegio de México. Se trata de un joven escritor que no duda de su vocación y que registra con excelente prosa y sensibilidad las peculiaridades de la ciudad y aspectos de su vida diaria bajo el dominio del comunismo soviético. También diremos que es el único escritor, además de Antonio Rodríguez, que muestra un sólido conocimiento de la cultura y el pueblo checos. Y busca comunicar al lector sus impresiones de

la ciudad enmarcándolas en un cuadro de referencias precisas. “Praga es el corazón”. Los monjes de Strahov dibujaron con acierto un chiste geográfico: la carta de Europa se extiende horizontal, pero al ponerla vertical, un brazo es la Península Escandinava, el brazo es Italia con un cetro de Sicilia y Cerdeña, la cabeza coronada de España con Portugal, la extensa vestimenta de Rusia cae dócil; una cadena desde el cuello termina en un broche sobre el pecho, lugar del monasterio. Jorge Arturo llega a Praga en automóvil y su primer anuncio de lo que verá será el castillo de Karstejin y más adelante las torres de Praga:

Praga es la ciudad de los cuentos fantásticos: las innumerables torres se elevan como agujas grises, la ojiva se está haciendo aire y filo, la piedra pierde peso y apunta como flechador al cielo, torres entre las que pasan los automóviles por debajo. De pronto esperaba yo que una doncella con un cucurucho en la cabeza con forma de cono agudo del que cae un velo transparente se asomara a la ventana. El reloj de la plaza Antigua ofrece cada hora un espectáculo: las ventanitas se abren, pasan los santos, sueñan limpias las campanadas, y el diseño en que está es la cosmología astral y fantástica de la ciencia con la magia, del color azul con las órbitas y las estrellas.

Es 1971 cuando Ojeda visita Praga. Tiene suficiente información cultural para encontrar un sentido a la ciudad en su despliegue de estilos arquitectónicos, y en forma por demás poética habla de ellos:

Todos los estilos arquitectónicos se suceden uno a otro; desde el románico que ha ido quedando en los sótanos, Praga se hace gótica a mis ojos que contemplan desde la colina. El estilo gótico es el más espiritual: niego la materia con que está hecho; si es oro, que brille solamente; si es basalto, que no pese; si es estatua, que pliegue las manos sobre el pecho en oración y eleve el rostro alargado en éxtasis místico; si es vestidura, que sea velo suave; si es torre, que fleche al cielo; si es ventana, que sea vitral; si es arco, que sea ojiva.

Sus conocimientos de la lengua alemana hacen que sus oídos adviertan la peculiaridad de la lengua checa y las características de su pronunciación cuando los hablantes se dirigen a él en alemán. Parecen muy remotos los años en que la gente de cultura era bilingüe, pues se vivía muy intensamente en el orbe de la lengua en que escribió Kafka. Y Ojeda refiere la pregunta que se hacía el autor de *La metamorfosis* de si el ritmo de su prosa se debía a su madre que era de origen checo. Destacamos el año en que escribe Jorge Arturo Ojeda, cuando nadie podría imaginar que el régimen de inspiración soviética no sobreviviría al siglo XX, y que su desplazamiento

también significaría el de la presencia de la lengua alemana en el país a favor del inglés.

La vida transcurre con normalidad en la ciudad. Le extraña que a un *boulevard* le llamen plaza; se refiere a la Plaza de San Wenceslao con sus comercios, sus transeúntes, sus hoteles, sus puestos de salchichas. Praga le parece la ciudad perfecta: una ciudad occidental sin las premuras de la propaganda. Los tiempos por venir se encargarían de borrar esa imagen. Ojeda no ha vuelto a Praga y se ha salvado de ver a la ciudad sepultada por los reclamos comerciales, el exceso de ver las hermosas fachadas recubiertas por grandes carteles de propaganda.

El escritor camina por el barrio judío. Habla de la profunda impresión que le ha provocado su cementerio, que canceló su actividad en 1789; en la Nueva Vieja Sinagoga admira su grado de conservación a pesar de que data del año 1268 y destaca que su estilo de gótico temprano es verdadero. Y recuerda al rabí León y su Golem y el rasgo de la leyenda que casi ya nadie recuerda: el Golem se encuentra en los sótanos de la sinagoga y quien quiere verlo muere.

Ojeda escribe una meditación muy intelectual sobre las virtudes del cristal y elogia la calidad del que se produce en Bohemia y se reprocha su pasión y gusto por este material que en manos de los artífices checos se convierte en maravillas que parecen eternas en sus formas pero son frágiles en su perdurabilidad.

Su mirada no es la del turista apresurado. Advierte que la iglesia de Tyn, que domina el conjunto arquitectónico de la Plaza Vieja, cuenta dos torres asimétricas: una más ancha que otra, la de Adán, y la angosta, la de Eva, que se ramifican hacia el cielo. Tyn, la iglesia insignia del movimiento husista que regresó al rito católico al ser derrotado Jus. Y no se fatiga de alabar a la ciudad dorada, la ciudad de las mil torres que no defrauda al visitante. Como buen melómano no pasa por alto el elogio a Smetana, que cantó a su patria y se muestra desdichoso de Dvorak que prefirió cantar al Nuevo Mundo.

En los días de su visita, Jorge Arturo es un joven estudiante mexicano que lloró la tragedia que envolvió a los estudiantes en la Plaza de las Tres Culturas. No puede ser ajeno a los acontecimientos que tuvieron lugar en Praga en 1968 y termina su crónica rindiendo culto a la memoria de Jan Palach, estudiante checo que se inmoló en protesta por la invasión soviética.

A la nota amable y emotiva de Jorge Arturo Ojeda, cuya cultura le proporciona un festín todo lo que es y significa Praga en la cultura europea, la ciudad más hermosa e íntima del centro de Europa, cuyo encanto no han logrado suprimir los tiempos actuales de turismo masivo y capitalismo salvaje, se opone la amarga experiencia de ser turista en una ciudad que entonces estaba sujeta a las restricciones y actitudes que imponía el

modelo del comunismo soviético; la principal: espantar a los visitantes sometiéndolos a los intrincados laberintos de la burocracia, borrando de los empleados, al supuesto servicio de los turistas, todo asomo de sonrisa y complicando la vida de un modesto profesor universitario, como lo es Óscar Mata, narrador y ensayista, que un día tuvo la ocurrencia de asomarse a la hermosa Praga creyendo que la pasaría tan bien como en países como Italia, por ejemplo, donde la búsqueda de alojamiento no significaba sumergirse en una pesadilla peor que las imaginadas por Kafka. Una ciudad donde no se imaginaba que los servicios de restauración se regulaban por otros códigos, que aún sobreviven en las tabernas y bares de la ciudad. Praga es hermosa y se puede admirar y apreciar mejor si se cuenta con un lecho tibio y un cuarto agradable, hazaña casi imposible de lograr para el turista que es Óscar Mata. En sus desventuras y aventuras por la ciudad, escritas con un estilo escueto y nervioso, al que llama “postales”, el autor mexicano va tejiendo la trama de su crónica donde no está ausente el humor. Para Mata la agencia oficial Cedok encarna todos los males de la burocracia checa (en aquellos años de su visita, principio de la década de los ochenta, todo era oficial, no había espacio para la iniciativa privada). A veces una inocente visita a Praga podía convertirse en una temporada en el infierno. Pero lo que resalta más en las postales de Óscar Mata es su empeño por destacar las mentiras que la propaganda había inventado sobre el “paraíso de los trabajadores”, de donde había sido desterrada la codicia por los bienes terrenales, expresada en dólares, y el egoísmo. Su primera sorpresa sobre el mundo checo de aquellos años es la venta con monedas duras de productos capitalistas a bordo del avión de la compañía checa que lo lleva a Praga. En ese momento se acuerda de que llegará a la ciudad sin haber resuelto a su gusto el asunto de su alojamiento. Con anticipación había solicitado una reservación en un hotel en la parte histórica. Le enviaron la confirmación pero de un hotel que no aparecía en el mapa, el Olympic. No se resignaba a que después de recorrer medio mundo para conocer la antigua ciudad imperial le hubieran dado como posible alojamiento un edificio de la periferia. En tierra una azafata le dice que el cambio de hotel sería sencillo si acudía a Cedok, la agencia de viajes oficial. La palabra Cedok se convierte en una especie de mantra para convocar la pesadilla burocrática. Todos sus esfuerzos por conseguir cuarto en la parte histórica se estrellarán contra un sistema incomprensible de asignación de alojamiento. Pero en su contacto con Cedok se le revela el lado amable, quizás extraordinario, de la ciudad a la que ha llegado: la belleza de la joven que lo atiende. Óscar pierde todo sentido de orientación y comenta que se quedaría una eternidad admirando a la joven, quien le indica que deberá ir al centro

de la ciudad, a la oficina de Cedok, para conseguir lo que busca. Era verano, pero Óscar ya imaginaba que a su lado no se sentirían los rigores del invierno checo. El entonces joven escritor iba de sorpresa en sorpresa cada vez que se internaba sin advertirlo en el laberinto burocrático, donde no existen la piedad ni los buenos modales. Canceló su reservación en el Olympic para recibir sólo un cuarto por una noche en el Alcrón a un precio para él exorbitante. En la Plaza Wenceslao la bienvenida consistió en una frase dicha en tres idiomas: *Change?... ;Cambiare?.. Welcheng?* En todos los hoteles de la famosa plaza intentó conseguir hospedaje. Todos lo remitían a Cedok, sí, se había vuelto como un mantra maldito. Eran las cinco de la tarde y ante sus ojos miraba la descarnada realidad de un país burocrático, sin lugar para el optimismo:

Caminaron hasta Vaclavske Nam que a esa hora, las cinco de la tarde, se encontraba atestada. Los trabajadores checos huían de sus oficinas para refugiarse en tabernas y cervecerías. La mejor era la más cercana. Entre los dos visitantes y la estatua de San Wenceslao, a ambos lados de la avenida, se advertían varios hoteles.

Tras visitar infructuosamente seis hoteles, caminaron hasta la plaza de San Wenceslao ¿y si le prendemos una veladora?, esto empieza a inquietarme en medio de la mugre y de la tristeza, entre el ruido y los rostros ausentes de los checos que contemplaban el piso por donde hace una década parece que fue ayer pasaron los tanques rusos.

Tomaron la primera cerveza de la tarde en una pequeña taberna del barrio antiguo. Les resultó imposible saborearla, pues los demás parroquianos, todos ellos nativos, los examinaron con molesta insistencia. Más que nada se fijaban en su ropa, entre comentarios y sonrisas, mientras iban llenando sus respectivas mesas de tarros vacíos. A la hora de pagar, les cobraron de más, quizá con la esperanza de que se animaran a cambiar divisas en el puente de Carlos, a cuya entrada se escuchaban ofertas en todos los idiomas europeos.

Óscar Mata recorrió sitios históricos de la ciudad con su pareja. Tuvo el mismo asombro y sufrió el mismo impacto de su belleza como le sucedió a los compatriotas que le antecedieron en la visita a la ciudad de las cien torres. Admiró el crepúsculo desde el Castillo y entendió por qué Hitler la había elegido como la capital de su futuro imperio.

Óscar siente hambre, busca dónde comer, pero esa búsqueda le resultará humillante. Pide comida y sólo le sirven cerveza. Un mesero que medio habla inglés le dirá que ahí sólo se bebe. En la taberna donde le han indicado que podrá ordenar algo de comida, todas las mesas estaban reservadas.

El hambre lo animó a pedir que les sirvieran mientras llegaban las personas que habían hecho la reservación. Llamó, hizo señas, golpeó en la barra y chifló sin que le respondieran. Un par de checos con delantal y toda la cosa estaban en la cocina, a menos de tres metros de ellos, y nada ni nadie los pudo sacar de su mutismo. De pronto un parroquiano, en el colmo de la inteligencia, comprendió que eran turistas y se acercó a ellos. Al fin una ayuda, se ilusionaron.

Pero en lugar de tomarle la orden le ofrecen cambiar dólares. Entra a una taberna donde sólo sirven salchichas y lo estafan. Casi lo golpean. Y siente un súbito arrepentimiento por haber decidido conocer Praga. Quería comer y sólo recibía a cambio la palabra “change”. Infructuosamente busca hotel, y sólo le preguntan si cambia dólares. Ofrece hacer la operación ilegal de cambio sólo si le consiguen cuarto. Pero su estrategia no da resultado. En el hotel Alcrón por fin pudo cenar bien y con el estómago lleno dijo que hasta era capaz de concebir las más inconcebibles utopías. Después de cenar salió a caminar por la Plaza San Wenceslao sólo para encontrarse con la sorpresa, una más, de que casi no había transeúntes. Desde 1968 no había primavera en Praga. Tuvo un sueño grato en el hotel y su compañera dijo que siempre recordaría que lo más cálido y hospitalario de Praga había sido el edredón del hotel Alcrón por su tibieza.

Óscar al fin resuelve, mediante la mediación de su embajada, hospedaje para los días que quedaban de su visita, pero el hotel resultó otra desilusión más, donde el botones le pronuncia la consabida frase: “Change”.

El escritor mexicano que más tiempo ha vivido en Praga es Sergio Pitol. Toda su vida profesional la realizó en la diplomacia. Casi siempre estuvo comisionado en países de la Europa Central. Pasó gran parte de su carrera diplomática en Polonia, país del que se convirtió en uno de los más activos promotores de su literatura. Aprendió el idioma polaco y tradujo a varios destacados autores. Antes de concluir su trabajo en la diplomacia fue nombrado embajador en Praga. Por su cercanía con Varsovia, la ciudad le era ya familiar cuando llegó a desempeñar su cargo. Pasó seis años en Praga. Se esperaba que su estancia, debido a sus conocimientos de un idioma eslavo, hubiera sido más fructífera en cuanto a páginas inspiradas por la ciudad, pero no fue así. El balance es más bien pobre. Aunque en su libro *El viaje* dedica algunas páginas a la ciudad de Kafka, éstas parecen más bien de circunstancia más que de una honda meditación sobre lo que la ciudad ha significado para el pueblo checo.

Su relato de Praga se entrelaza con un viaje a Rusia y no queda claro el resultado de sus vivencias en la ciudad donde se desempeñó como embajador. Dice que un día, de repente, se hizo la pregunta:

¿Por qué has omitido a Praga en tus escritos? [...] Entre burlas y veras, me logré convencer de que mi deuda con Praga tenía algo de escandaloso. Permanecí seis años en esa ciudad con un cargo diplomático. Viví en ella desde mayo de 1983 hasta septiembre de 1988: un periodo determinante en la historia del mundo. Pensé escribir algunas reflexiones sobre esa época. No un ensayo de po-



La Casa Danzante, Praga

litólogo, lo que en mí sería grotesco, sino una crónica literaria en clave menor. Mis conversaciones con profesores de literatura, mis paseos en los balnearios imperiales, Marienbad, Karlsbad, [...] O describir en Praga el recorrido kafkiano, desde la casa donde nació hasta la tumba, o las características específicas del barroco praguense, o las riquísimas colecciones de arte existentes en Praga, o la energía cultural y social típica de la primera república checoslovaca en la literatura, en el teatro, en la pintura, en lo social, o en especial sobre la arquitectura de aquel tiempo: las casas cúbicas de Adolf Loos, las del Bauhaus construidas por Mies van der Rohe, y Gropius, en Praga, en Brno, en Karlovy Vary, la tristeza y frustración del ambiente, los esfuerzos de los intelectuales para no enmohecerse, para dejar de pensar, para impedir que sus estudiantes se convirtieran en robots, en fin, hacer un ensayo largo no especializado en nada, pero que se aproximara a una historia de las mentalidades. Debería revisar mis diarios de todo ese tiempo, como lo hago siempre antes de iniciar cualquier cosa, para revivir la experiencia inicial, la huella primigenia, la reacción del instinto, el primer día de la creación. Leí varios cuadernos, centenares de páginas; para mi estupor no encontré nada sobre Praga. Nada, sí, nada que pudiera servirme de pie para escribir un artículo, mucho menos un texto literario.

En realidad, las intenciones de Pitol se quedaron en eso, en intenciones. A juicio de quien escribe, el autor de *El viaje* pudo habernos entregado la gran crónica de Praga, la escritura de un texto redactado desde la amplia perspectiva de una vida pasada entre la cultura eslava. Habría sido interesante que Pitol hubiese desentrañado el embrujo de Praga. Sin restarle méritos a su prosa y a sus meditaciones, en Pitol la ciudad parece estar vista con una lente a veces desenfocada. Es más importante lo que dice sobre él y su capacidad para urdir ficciones, que sobre la ciudad admirada y amada. Pitol habita la Praga todavía dominada por un absurdo régimen político, donde los extranjeros y más los diplomáticos vivían cubiertos por una sombra de sospecha. Donde la energía intelectual se había perdido y todos tenían miedo de la presencia del extranjero después de las duras jornadas vividas en lo que se llamó los “años de la normalización”. No deja de ser importante lo que escribe Pitol pero no contiene la riqueza de otros textos que ha dedicado a otras ciudades, o experiencias de viaje.

De todas las ciencias que en Praga tienen cabida la de más prestigio es la alquimia. Por algo Ripellino tituló *Praga mágica* al mejor de sus libros. Durante seis años visité sus santuarios, los que conoce todo el mundo, pero también otros, los secretos; recorrí avenidas espléndidas que son parques y se vuelven bosque, y también callejuelas escuálidas, parajes ramplones, sin forma y sin sentido. Caminé

acompañadamente una y otra vez sobre losas que conocieron las pisadas del Golem, de Joseph K, y de Gregorio Samsa, de Elena Marti-Makropulos, del soldado Schweik, del rabino Levy, con coro de ocultistas, de salmandras, de robots y de algunos miembros más de la variopinta familia literaria de Bohemia. Praga: observatorio y compendio del universo: *Imago mundi* absoluto: Praga.

Una vez superados los años de rusificación. A partir del momento en que la ciudad abrió sus puertas sin cortapisas a los extranjeros al operarse el cambio de régimen político, se extiende un vacío en cuanto a crónicas y registros de viaje debido a la pluma de escritores mexicanos. En este breve recorrido hemos dejado aparte los poemas dedicados a Praga por razones de espacio. Sólo dos escritores han escrito de la ciudad en los tiempos nuevos: Germán Dehesa y Xavier Velasco. En los tiempos en que los edificios se restituyeron a sus dueños, en que la propiedad inmobiliaria entró al mercado e hizo posible restaurar la ruina en la que se había convertido Praga, tan bella, que ni las más violentas humillaciones a su patrimonio artístico habían logrado borrar su encanto. Ahora, con los colores que han vuelto a brillar, con las piedras limpias y con el bronce de las puntas de las torres relucientes, con los murales de fachadas que lucen con magnificencia sus trazos y policromías, la ciudad vive un momento único de esplendor y belleza. El aún joven novelista Xavier Velasco supo advertir cómo detrás de esa perla recobrada late el embrujo de Praga:

Antes que una ciudad, Praga es un sortilegio. Un estado mental, una aventura onírica, un festín del espíritu recién deslumbrado. Uno puede creer que ha caído en sortilegio cuando su percepción de la realidad se torna fantasmal y verosímil a un tiempo, como suele pasar durante el sueño, o como le sucede a quien por primera vez pisa el Puente de Carlos y se mira saltando, trotando, canturreando; prendado, y además correspondido. Tiempo de preguntarse cuándo fue la última vez ¿en la infancia, quizá? que un sueño así lo tuvo como rehén. “Tuve un sueño”, decimos, y sabemos que ya lo hemos perdido. Escribir sobre Praga es lanzarse a buscar la huella zigzagueante de la quimera. Su hechicería flota en un punto medio entre lo hermoso y lo siniestro, la alegre ingenuidad y el gemido nocturno, como una confabulación de sol y sombra donde en cualquier momento brotan todas esas fachadas cuyos tonos pastel infunden una inusitada alegría a quien ya se miraba presa de los espectros. Es por esos contrastes entre claridad y penumbra que los rostros de Praga brotan o se ocultan de acuerdo con la hora del día o la noche, de manera que los recuerdos se superponen, y a la postre se contradicen. Miente quien asegura que “soñar no cuesta nada”; el precio es despertar y no quiero pagarlo. **U**